

Canciones de Noche - Buena

I La fiesta del Hogar



[110

Vicente W. Quersol

En Noche - Buena.

A mis ancianos padres.

García
1955

17

En Noche-Buena.

A mis ancianos padres.

I

Un año más en el hogar paterus
celebramos la fiesta del Dios-niño,
símbolo augusto del amor eterno,
cuando cubre los montes el invierno
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda
o en el que el santo de los padres llega,
la turba alegre de los niños juega,
y en la ancha sala la familia toda
de noche se congrega.

III

La roja lumbre de los troncos brilla
del pequeño dorucido en la mejilla,
que con tímido afán su madre besa;
y se refleja alegre en la vajilla
de la dispuesta mesa.

2/

A su sobrino, que lo escucha atento,
 mi hermana dice el pavoroso cuento,
 y mi otra hermana la canción modula
 que, ó bien surge vibrante, ó bien ondula
 prolongada en el viento.

V.

Mi madre tiende las rugosas manos
 al nieto que huye por la blanda alfombra,
 hablan de pie ~~en~~ mi padre y mis hermanos,
 mientras yo, recatándome en la sombra,
 pienso en hondos arcanos.

VI

Pienso que de los días de ventura
 las horas van apresurando el paso,
 y que empaña el oriente niebla oscura
 cuando aún el rayo trémulo fulgura
 último del ocaso.

VII

¡Padres míos, mi amor!; ¿Cómo envenena
 las breves dichas el temor del daño!
 Hoy presidís nuestra modesta cena,
 pero en el porvenir... yo sé que en un año
 vendrá sin Noche-Buena.

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo
 serán muda aflicción y hondo sollozo.
 No cantará mi hermana, y mi sobrina
 no escuchará la historia peregrina
 que le da miedo y gozo.

IX

No dará nuestro hogar rojos destellos
 sobre el limpio cristal de la vajilla,
 y, si alguien osa hablar, será de aquellos
 que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla
 con sus blancos cabellos.

X

Blancos cabellos, cuya amada hebra
 es cual corona de laurel de plata,
 mejor que esas coronas que celebra
 la vil lisonja, la ignorancia acata,
 y el infortunio quiebra

XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo
 la sublime bondad de vuestro rostro,
 mi alma á los trances de la vida templo,
 y ante esa imagen para orar me postro,
 cual me postro en el templo.

Cada arruga que surca ese semblante
 es del trabajo la profunda huella,
 ó fué un dolor de vuestro pecho amante.
 La historia fiel de una época distante
 puedo leer yo en ella.

XIII

La historia de los tiempos sin ventura
 en que luchásteis con la adversa suerte,
 y en que, tras negras horas de amargura,
 mi madre se sintió más noble y pura
 y mi padre más fuerte.

XIV

Cuando la noche toda en la cansada
 labor tuvisteis vuestros ojos fijos,
 y, al venceros el sueño, á la alborada,
 fuerzas os dió posar vuestra mirada
 en los dormidos hijos.

XV

Las lágrimas correr una tras una
 con noble orgullo por mi faz yo siento,
 pensando que hayan sido por fortuna,
 esas houradas manos mi sustento
 y esos brazos mi cuna.

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera
 pagaros hoy la que en mi edad primera
 sufristeis sin gemir, lenta agonía,
 y que cada dolor de entonces fuera
 germen de una alegría.

XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo
 de ver al hijo convertirse en mozo,
 mientras que al verme yo en vuestra presencia
 siento mi dicha ahogada en un sollozo
 de una temida ausencia.

XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo
 pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?
 Yo os daría mi sangre de maneblo,
 tomando así con ella a vuestras venas
 esta vida que os debo.

XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga
 pensando en la posible despedida,
 que imagino ha de ser tarea amarga
 llevar la vida, como inútil carga,
 después de vuestra vida.

6/

XX

22

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,
 miro acercarse con profundo espanto,
 y en dudas quita el corazón sensible:
 - "Si aplacar al destino es imposible,
 ¿para qué amarnos tanto?"

XXI

Para estar junto en la vida eterna
 cuando acabe esta vida transitoria;
 si Dios, que el curso universal gobierna,
 nos devuelve en el cielo esta unión tierna,
 yo no aspiro á más gloria.

XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma
 será que prolongueis la dulce calma
 que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:
 para marchar yo solo por la tierra
 no hay fuerzas en mi alma.

Vicente W. Queral.